

2-59 2-131 (11)

Misión del profesorado en la actual Sociedad Española  
("Mercurio", - publicación mensual del Crédito Ilero-  
Americano -, Madrid - Barcelona, 1.º agosto 1905)

# Misión del profesorado en la actual sociedad española <sup>(1)</sup>



o soy yo, ciertamente, el profesor español que se atreva á decir cuál cree debe ser la misión del profesorado en las sociedades modernas. La única sociedad que conozco algo es la española, y no sé hasta dónde sea permitido llamarla, con propiedad, moderna. Me he de limitar, pues, á exponer cuál creo debe ser la misión del profesorado en la sociedad española de hoy, sin pretender que mis observaciones puedan aplicarse á otra sociedad cualquiera.

Hay, sin duda, una enorme diferencia entre una sociedad encarrilada ya en el movimiento de la cultura, que hace fuertes y dichosos á los pueblos, y otra sociedad á la que hay que hacer descarrilar de sus viejos carriles de la rutina para meterla en otros nuevos. No es lo mismo dirigir un buque que arreglarlo en el astillero, y convertirlo de buque de vela en buque de vapor.

En los países encarrilados ya, la Universidad es una pieza del mecanismo social. En ella se enseñan ciencias, artes y humanidades, obedeciendo á la ley de la división del trabajo. Un químico, un físico, un entomólogo, un helenista, un asiriólogo, un fisiólogo, etc., cumplen su misión enseñando, respectivamente, química, física, entomología, griego, asirio, fisiología, etc. Allí puede tener aplicación el dicho vulgar de «zapatero, á tus zapatos!», y los especialistas son obreros de una labor colectiva fecunda. Pero no así en sociedades como la nuestra. En las grandes capitales hay casas en que no se vende sino objetos de caucho, v. gr., ó no más que clavos, mientras que en los pequeños pueblos, en un solo comercio se vende de todo, sin que pueda ser de otro modo.

El especialismo, tan útil y provechoso para el adelanto de las ciencias, puede resultar una rémora de progreso en países como el nuestro, en los que ante todo es menester educar al pueblo. Educar antes que instruirle. Antes de ahora lo he dicho y he de repetirlo: el profesor que se limita en España á eso que comunmente llamamos cumplir con el deber, no cumple con la patria y no tiene derecho alguno á quejarse de que se le recompense mal. Demasiado se le da para lo que hace.

(1) Véase el número anterior en que con el artículo de D. José Zulueta «La misión social de los agricultores» inauguramos la *enquéte* que pensamos llevar á término con toda la amplitud posible sobre «La misión social de las clases directoras en las sociedades modernas».

Quien no da más de lo que se le pide, no debe pedir más de lo que se le da.

La obra del profesorado español no debe limitarse á la labor docente de cátedra, sino que ha de extenderse á una labor educadora sobre el pueblo. Educadora más que instructiva en el sentido estricto. Más que á vulgarizar las ciencias, artes y conocimientos mediante cursos de extensión universitaria — que resultan por lo común, hay que confesarlo, un fracaso — ó por otros medios análogos, hay que tender á formar en el pueblo hábitos de seriedad y de trabajo y sentimientos de sinceridad y de patriotismo. El profesorado debería ser, si fuese como debiera, el sacerdocio de la religión patriótica, de la religión del patriotismo.

La investigación científica tiene, aparte del fruto inmediato y aplicable á las necesidades inmediatas de la vida que de ella se saca, otro valor tal vez más hondo y más duradero, y es la huella que deja en el espíritu del investigador. Importantísimas son las aplicaciones médicas de los descubrimientos de Pasteur, pero la vida misma de este nobilísimo investigador es una lección perenne y de la mayor importancia. Los descubrimientos de Ramón y Cajal han dado sólida reputación á este ilustre maestro entre los sabios todos del mundo que se interesan en problemas histológicos y antropológicos; en general, esta su fama ha refluído á España, y apoyándose en la autoridad que ella le da, está, al presente, ejerciendo sobre la patria un apostolado mucho más fecundo que su labor estrictamente científica. Ahora nos está contando cómo y por qué llegó á sus descubrimientos; ahora está enseñando á sus compatriotas cómo es el alto idealismo, el quietismo, el amor á la verdad por la verdad misma, el amor á la belleza, la abnegación desinteresada, la curiosidad especulativa, el santo deseo de gloria, lo que lleva á los descubrimientos científicos que pueden resultar luego útiles para la vida que pasa.

La ciencia enseña el amor á la verdad, el respeto al hecho, el culto á lo que es verdadero, por insignificante que parezca; el odio al embuste y á la falsificación; la ciencia es la gran escuela, la escuela acaso insustituible de la sinceridad. Y la labor patriótica de los formados en tal escuela es educar al pueblo en el amor á la verdad y el odio á la mentira. No se concibe un verdadero hombre de ciencia, á un hombre de ciencia verdadera, tratando de engañar á un pueblo y de halagar sus pasiones ó sus prejuicios. Esto es cosa de sofistas ó de abogados, que se habitúan á defender el pro y el contra de las cues-



Misión del profesorado en la actual sociedad española

tiones; es cosa de casuistas que buscan medios de absolver á los penitentes, sin forzarles mucho el natural. Las llamadas jurisprudencia y teología moral han contribuido no poco á corromper á los pueblos. Podría citar muchos casos en apoyo de esto, pero baste decir que hay personas piadosísimas que no sienten escrúpulo en ocultar riqueza imponible, ó en meter género de matute, porque se les ha enseñado que defraudar al Estado no es robar, y que no es pecado contrabandear y matutear. Y os miran con ojos de asombro si les decís que el contrabandista peca contra el cuarto mandamiento, honrar padre y madre, porque en él se contiene el deber de obedecer á toda autoridad que mande algo que no esté contra la ley de Dios, como no lo está el imponer tributos.

Los hombres educados en la Ciencia tienen el deber de educar al pueblo á que oiga la verdad y la respete.

Y si la Ciencia es una escuela de sinceridad y de odio á toda mentira, la Ciencia es también una escuela de tolerancia y de odio á toda imposición doctrinal. La Ciencia enseña á amar la verdad, ó más bien á amar las pequeñas verdades, los datos al parecer más insignificantes que vamos día á día conquistando, y enseña á desconfiar de las propias fuerzas y á no creernos infalibles nunca. A medida que crece el campo de lo conocido, crece en mayor proporción, el de lo desconocido; de cada problema que se resuelve surgen multitud de nuevos problemas. Y no pocas veces el progreso científico consiste, no en resolver un problema dado, sino en descubrir que se hallaba mal planteado, deshacer lo hecho y volver á plantearlo de nuevo: borrar y cuenta nueva. El descubrir que se va por mal camino y volver atrás, desandando lo andado para emprender otro nuevo, es avanzar y no retroceder. Y esto enseña la Ciencia, y esto es lección de tolerancia.

No he visto á nadie indignarse por que se le niegue un teorema matemático ni empeñarse en imponerlo autoritariamente y por la fuerza á quien no comprende su demostración. Y esta educación de mansedumbre en la firmeza es la que hay que inculcar al pueblo.

La acción del profesorado formado en los métodos científicos de investigación debe de ser el trasplantar eso que se llama la religión de la Ciencia, el culto á la verdad por la verdad misma y el espíritu de fe reflexiva y de respeto á lo desconocido, el trasplantarlo al orden del patriotismo.

La Ciencia tiene sus mártires, mártires del amor á la verdad, y este espíritu de martirio deben llevarlo á sus relaciones con el pueblo en que viven y del que viven. Ejemplo nobilísimo de ello es aquel médico del drama de Ibsen *El enemigo del pueblo*. Nada corrompe más



## Misión del profesorado en la actual sociedad española

á un pueblo que la Ciencia falsificada para servir á sus prejuicios, sus pasiones ó sus intereses bastardos. Se ha envenenado la Historia, y se sigue envenenándola y falsificándola, para halagar la vanidad ó la soberbia de las muchedumbres; se falsifica la Antropología para lisonjear á una raza; se sofistica la Economía política para apoyar pretensiones de una clase social, y se hace sedicente ciencia proteccionista ó librecambista; se falsea la Psicología para ponerla al servicio de estas ó aquellas creencias, por respetables que ellas sean. Y en esta labor corruptora ha tenido siempre y en todas partes no poca participación el profesorado á sueldo.

Amargas son las invectivas de Schopenhauer á la filosofía asarlariada, pero por amargas que sean, son muy justas. Bien está que como el sacerdote come del altar, coma el profesor de la disciplina que profesa, pero si convierten en carrera el uno el sacerdocio y el otro el profesorado, se degradan y no cumplen su deber social.

Bien está que el profesorado procure instruir al pueblo vulgarizando doctrinas científicas y conocimientos útiles, pero es muy de temer que con esto no se le haga sino entretenerle fútilmente. Las gentes van á oír una conferencia científica para pasar el rato ó como van al teatro, y si les impresiona el oír el número de leguas que hay de la Tierra á Sirio, es porque eso les parece imposible de averiguar por medios naturales. La ciencia fragmentaria de conferencias y manuales rara vez educa á un pueblo. Se reduce á física recreativa. Es la acción moral lo que sobre todo hace falta, y yo quisiera que en toda España se distinguiera el profesorado por su culto á la sinceridad, predicando la verdad como el Apóstol quería, oportuna é inoportunamente, y por su culto á la tolerancia.

Cuando hay gentes que halagando al pueblo español le dicen y repiten que es una excelente primera materia y que sus males no le vienen de sí mismo, sino de los que le gobiernan y dirigen, es un deber pararse á reflexionar si esto es así como se dice; y si de un examen sereno, desinteresado, científico, resultara que el mal está en el pueblo, en su dureza de cerviz, en su terquedad y tosquedad, en el orgullo de su ignorancia, en su falta de idealidad y de desinterés, entonces sería un deber decirle noble y lealmente: «¡pueblo mío!, eres tú, eres tú mismo el que tienes que modificarte, renunciando á tus tercas rutinas y á tus prejuicios tradicionales, respetando á todo el que hable con el corazón en la mano y oyéndole con atención y con respeto». Y que aprenda á oír.

He aquí la labor del profesorado español: enseñar al pueblo á que oiga con atención y respeto.

Miguel de Unamuno

VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S